

b). Otro tipo de personajes son los Secundarios. Su nombre indica su papel en la obra; no llevan la acción en sus manos, ni destacan en demasía, pero su importancia radica en que a través de su participación, hacen sobresalir a los principales, los enmarcan en un determinado ambiente. No aparecen en toda la obra pues usualmente desaparecen en un determinado capítulo.

“Pietro Crespi era joven y rubio, el hombre más hermoso y mejor educado que se había visto en Macondo, tan escrupuloso en el vestir que a pesar del calor sofocante trabajaba con la almilla* brocada y el grueso saco de paño oscuro”.

(García Márquez, Cien Años de Soledad)

c). También existe un tercer tipo de personajes que se llaman Ambientales cuyo papel es precisamente, el de caracterizar el ambiente donde se desarrolla una historia literaria. Si una historia se desarrolla en un pueblo, los habitantes de ese pueblo son los personajes ambientales. En la novela “Pabellón de Cancerosos”, los personajes ambientales son los enfermos, los médicos, enfermeras y todos aquellos que no destacan pero que ayudan a ubicar el relato en un determinado ambiente.

En el siguiente fragmento de la obra de José Rubén Romero, “El Pueblo Inocente”, el personaje ambiental es el pueblo, descrito así:

“Aquella tarde iban llegando los vecinos al Ayuntamiento, con un aire de azoro en los semblantes y una muda interrogación en las miradas . . . Atardeció sin que se sosegara el alboroto, y en la penumbra de la sala se fueron desfigurando las gentes y las cosas: el respaldo de una silla ponía unos cuernos grandes y retorcidos sobre la cabeza del boticario, y a don Mónico, el sastre, le abultaba como embarazo el sombrero que descansaba en su abdomen . . .”

(José Rubén Romero, El Pueblo Inocente)

* Consultar Glosario.

Todos los personajes desempeñan un papel en la obra de ficción, todos se entrelazan en una forma u otra y de su entrelazamiento surge la problemática desarrollada en la historia literaria. Los griegos llamaban “persona” a la máscara que utilizaban los actores en las representaciones de tragedias, mismas que se cambiaban para caracterizar a un personaje u otro según las facetas o rasgos de su personalidad; un personaje presenta también facetas características que su autor le confiere lo que da a la obra literaria esa multiplicidad de aspectos que la distinguen.

La escritora Cecilia Böhl de Faber (1796–1877), nacida en Suiza de madre española y padre alemán, escribió bajo el seudónimo de Fernán Caballero, el cuento “Las ánimas”, el cual forma parte de una colección de relatos populares, tomados de tradiciones andaluzas.



LAS ANIMAS

Autor: Fernán Caballero.

Había una vez una pobre vieja que tenía una sobrina, que había criado sujeta como un cerrojo y era muy buena niña, muy cristiana, encogida y poquita cosa. Lo que sentía la pobre vieja era pensar lo que iba a ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacía otra cosa que pedirle a Dios que le deparase un buen novio.

Hacía los mandados en casa de una comadre suya, pupilera*, y entre los huéspedes que tenía había un indiano* poderoso, que se dejó decir que se casaría si hallase a una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa.

La vieja abrió tanto oído, y a los pocos días le dijo que hallaría lo que buscaba en su sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa, que pintaba los pájaros en el aire.

El caballero contestó que quería conocerla y que al día siguiente iría a verla.

La vieja corrió a su casa que no veía la vereda, y le dijo a su sobrina que asease la casa y que, para el día siguiente, se vistiese y peinase con primor, porque iban a tener una visita.

Cuando a la otra mañana vino el caballero, le preguntó a la muchacha si sabía hilar.

—Pues no ha de saber! —dijo la tía—. Las madejas se las bebe como vasos de agua.

*Consultar Glosario.

—¿Qué ha hecho usted, señora? —dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido, después de dejarle tres madejas de lino para que se las hilase—. ¿Qué ha hecho usted, señora, si yo no sé hilar!

—Anda —dijo la tía—, anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir, y sea lo que Dios quiera.

—¿En qué berenjenal me ha metido usted, señora— decía llorando la sobrina.

—Pues tú ve cómo te compones— respondió la tía—; pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello va tu suerte.

La muchacha se fue a la noche a su cuarto en un vivo pensar y se puso a encomendarse a las ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando, se le aparecieron tres ánimas* muy hermosas, vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararían en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones, y, cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres la remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al día siguiente, cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad junto con aquella diligencia.

—¿No se lo decía yo a su merced?— decía la vieja, que no cabía en sí de alegría.

El caballero preguntó a la muchacha si sabía coser.

—¿Pues no ha de saber! —dijo con brío la tía—. Lo mismo son las piezas de costura en sus manos que cerezas en boca de tarasca*.

*Consultar Glosario.

Dejóle entonces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar a su merced, sucedió lo mismo que el día anterior, y lo propio el siguiente, en que llevó el indiano un chaleco de raso para que se lo bordase. Sólo que a la noche, cuando estaba encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor a las ánimas, éstas se le aparecieron y le dijo una:

—No te apures, que te vamos a bordar este chaleco, pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál? —preguntó ansiosa la muchacha.

—La de que nos convides a tu boda.

—Pues qué, ¿me voy a casar? —preguntó la muchacha.

—Sí —respondieron las ánimas—, con ese indiano rico.

Y así sucedió, pues cuando al otro día vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado, que parecía que manos no le habían tocado y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo a la tía que se quería casar con su sobrina.

La tía se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decía:

—Pero, señora, ¿qué será de mí cuando mi marido se imponga que yo nada sé hacer?

—Anda, déjate ir —respondió la tía—; las benditas ánimas, que ya te han sacado de aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse, pues, la boda, y la víspera, teniendo la novia presente la recomendación de sus favorecedoras, fue a un retablo de ánimas y las convidó a la boda.

El día de la boda, cuando más enfrascados estaban en la fiesta, entraron en la sala tres viejas, tan rematadas de feas, que el indiano se quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenía un brazo muy corto y el otro tan largo que le arrastraba por el suelo; la otra era jorobada y tenía el cuerpo torcido, y la tercera tenía los ojos más saltones que un cangrejo y más colorados que un tomate.

—¡Jesús, María! —dijo a su novia perturbado el caballero—. ¿Quiénes son esos tres espantajos?

—Son —respondió la novia— unas tías de mi padre, que he convidado a mi boda.

El señor, que tenía crianza, fue a hablarles y a ofrecerles asiento.

—Dígame usted —le dijo a la primera que había entrado—, ¿por qué tiene un brazo tan corto y otro tan largo?

—Hijo mío —respondió la vieja—, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó a la novia y le dijo:

—Ve sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso. ¡Y cuidado como te vea jamás hilar!

En seguida preguntó a la otra vieja por qué estaba tan jorobada y tan torcida.

—Hijo mío —contestó ésta—, estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano en tres zancadas, se puso al lado de su novia, a quien dijo:

—Ahora mismísimo quema tu bastidor. ¡Y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar!

Fuese después a la tercera vieja, a la que preguntó por qué tenía los ojos reventones y tan encarnados.

—Hijo mío —contestó ésta retorciéndolos—, es de tanto coser o agachar la cabeza sobre la costura.

No bien había dicho estas palabras, cuando estaba el indiano al lado de su mujer, a quien decía:

—Agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo; y ten entendido que el día en que te vea coser una puntada, me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmienta.

RESUMEN

“No es verdad, pues, que se escriba para sí mismo: sería el mayor de los fracasos; al proyectar las emociones sobre el papel, apenas se lograría procurarles una lánguida prolongación. . . Lo que hará surgir ese objeto concreto e imaginario, que es la obra del espíritu, será el esfuerzo conjugado del autor y del lector. Sólo hay arte por y para los demás”.

Jean Paul Sartre, ¿Qué es la literatura?

Importantísimo para que se establezca la relación entre el lector y una obra determinada, es el hecho de penetrar en sus líneas, desmenuzándola y examinándola parte por parte, para llegar a conocerla lo más que sea posible. Es por esto que la presente unidad presenta los aspectos que se relacionan con el análisis literario, que es el medio a través del cual el estudio de una obra literaria, se convierte en algo sencillo y lleno de interés.

Los aspectos del análisis literario, son la FORMA y el FONDO, uno aludiendo a la estructura o división de la obra literaria objeto de estudio, y el otro enfocándose hacia su contenido. La FORMA se interesa además por el estilo que predomina en las líneas analizadas y por el género al que pertenece. El FONDO, es el estudio que se hace después de la lectura a conciencia, pues se encamina hacia el contenido, lo que se dice en la obra.

El FONDO o análisis de fondo, examina varios aspectos que son: argumento o resumen de la obra, tema o idea central que constituye la esencia misma de la historia literaria, acción, constituida por todos los hechos presentados en la historia literaria y dividida en exposición, nudo y desenlace.

Otros aspectos del análisis de fondo o contenido son: el tiempo o duración de los hechos presentados en una obra, mismo que puede ser objetivo o real y subjetivo o psicológico; espacio, que se refiere al lugar o lugares donde se desarrollan los hechos de una obra, y finalmente los personajes, seres que un autor imagina y crea,